GORRIONES DE HOSPITAL.

No hay nada más triste que la noche en un hospital. Al caer la tarde las visitas se han marchado, con lo que comienza el sentimiento de soledad. La oscuridad de la noche niebla las ventanas por las que unas horas antes entraba siquiera un poco de luz de vida. Si el enfermo se asoma ya no ve gorriones en el raquítico trozo de césped que hay en el patio, bajo la fachada. La iluminación de los pasillos se ha medio apagado y sólo quedan las lámparas de seguridad con su claridad mortecina. Un pesado silencio se va adueñando del ambiente; por el día hay un bullicio continuo que si antes podía molestar ahora se echa de menos. Los televisores de las habitaciones desgranan programas que los enfermos, sentados en la incómoda butaca o ya encamados, miran con desgana, pidiendo que el sueño les venga pronto. Mas apenas se adormilan cuando entra la auxiliar del turno de noche, recién llegada y fresca como quien empieza su jornada de trabajo, a poner los termómetros y espabila al que dormita.

El enfermo vuelve a cerrar los ojos y como el primer sueño ha perdido fuerza dedica el tiempo a pensar en lo que ha pasado ese día, bien poco, y a lo que le espera mañana, quizá menos todavía, e irremediablemente se entristece. A lo lejos se oye la sirena de una ambulancia. Ése o ésa están peor, se le ocurre a Benito que sólo siente una leve punzada en el costado cuando se remueve en la cama buscando postura para dormir. Poco a poco el silencio se hace más denso a su alrededor. Ahora lo único que se escucha es una tos en la habitación de al lado y, muy de vez en vez, un suave quejido, como pudoroso, que emite el paciente que ocupa la cama más próxima a la puerta; entre medias, nada.

Esa tarde unos gorriones estaban posados en las ramas de los árboles del jardín. Los animalillos se han aprendido los horarios y saben que ahora los enfermos estarán comiendo y que dentro de un rato alguien arrojará por las ventanas algún mendrugo de pan. La primavera ya está mediada y hay insectos más que de sobra para que los pájaros se alimenten sin tener que recurrir a las migajas como de limosna, pero a su manera son agradecidos y no quieren dejar de acudir a esa ceremonia diaria. Ramiro es el jardinero y se ocupa hace ya quince años de cuidar los árboles, los arbustos entre los que hay muchos rosales, y el césped. Cuando él llegó se encontró los jardines en bastante mal estado. Ramiro cambió las cosas a

costa de echarle horas, afición y mucho amor a la tarea. Ahora no es un vergel, desde luego, pero aquello es hoy un verdadero jardín donde los días soleados bajan a pasear muchos pacientes que se valen mal que bien por sí mismos o a los que acompañan familiares durante las horas de visita. Ramiro sufre físicamente cuando contempla unas plantas desasistidas o cuando una era de verde se llena de calvas y asoma la resecura del terreno. Ramiro es jardinero, pero lo mismo podría haber sido ecologista de acción o poeta y de ambas cosas tiene un algo. De los pájaros de su jardín, gorriones sobre todo, algún mirlo y a veces algún petirrojo, piensa que son los portadores del espíritu del hospital, los únicos que lo pasean en libertad oreándolo con sus revoloteos y cantándole con sus pio-píos. En ellos imagina que toma cuerpo cada una de las piezas que forman ese espíritu: la enfermedad y la salud, el dolor y la alegría, la ilusión y la desesperanza, la miseria y el relumbrón, el egoísmo y el servicio a los demás; al cabo, la misma muerte y la misma vida.

Se hace de noche en la ciudad. Se hace de noche en el hospital. Los gorriones, acurrucados en la enramada de los árboles del jardín, guardan silencio. Quizá duermen o quizá no. A la mañana siguiente, entre las ramas entecas de un aligustre o en un rincón del césped, aparecerá el cuerpo sin vida, con el plumón movido por la brisa matutina, de alguno de esos pajarillos. También se muere en libertad, y en esos momentos, para quien lo hace, no hay tanta diferencia. El gorrión no tendrá duelo a su alrededor, pero quizá más de uno de los pacientes que llegan al mismo trance tampoco lo tenga o sea de mero atrezo. No hay nada más triste que la noche en un hospital. Y también en sus jardines.